

INDICE

LA CIUDAD COMPARTIDA: URBANISMO Y MOVIMIENTOS SOCIALES

1. El contexto político de los cambios urbanísticos.
2. Los inicios del movimiento por “*La ciudad compartida*” y las asociaciones de mujeres.
3. El conocimiento de la ciudad: el lugar de las mujeres en la memoria urbana.
4. La resignificación de los grandes arquetipos femeninos en el siglo XXI.
5. ¿Es cierto que el aire de la ciudad hace libre? Los aspirantes y los rechazados por la ciudad.
6. Tipos de identificación con la ciudad.
7. Las emociones y la ciudad: diferencias de género.
8. *La ciudad es mi casa*. Calidad sensorial de las ciudades.
9. Mientras las pirámides se convertían en torres.
10. Los nuevos movimientos sociales; el futuro siempre está en construcción.

Referencias.

LA CIUDAD COMPARTIDA:
URBANISMO Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Maria-Angeles Durán¹
Catedrática de Sociología y Profesora de Investigación
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

1.- El contexto político de los cambios urbanísticos.

Las reflexiones sobre urbanismo y género no pueden desligarse de cambios sociales y políticos generales de mayor envergadura. Si no fuese porque allá por los finales de los años sesenta y comienzo de los setenta estaba en marcha una transición política, no tendríamos hoy el urbanismo y las viviendas que tenemos, ni se hubiera desarrollado el pensamiento sistemático sobre la relación entre género y ciudad. Las cosas se empiezan a estudiar detenidamente cuando se quieren cambiar; primero se plantean preguntas generales y después se lleva la reflexión y la acción a temas más concretos. *“La ciudad compartida”* y otros textos parecidos surgieron porque había un clima intelectual favorable a repensar la ciudad, como uno más de los ámbitos de una sociedad que deseaba cambiar.

A diferencia de la legislación anterior, la Constitución de 1978 estableció un nuevo tipo de sujeto político, de ciudadano, y nuevos principios básicos para la convivencia. Rechazaba expresamente la discriminación por sexo y obligaba a los poderes públicos a intervenir para crear condiciones favorables a la igualdad en todos los ámbitos e instituciones sociales.

Aunque no lo dijera expresamente, las nuevas condiciones habían de reflejarse antes o después en nuevas formas de organizar el espacio/tiempo. Si las mujeres no podían ser discriminadas en la educación, el empleo, la participación política, la salud, el ocio, el transporte o la vivienda, había que generar los espacios que facilitaran su plena integración.

¹ El origen de este artículo es una ponencia en las Jornadas sobre Urbanismo y Género, Valencia, 13 de julio 2016. Agradezco los comentarios recibidos en el debate posterior.

La puesta en práctica de un principio teórico general no es fácil, conlleva retrasos, inercias y dilaciones. Ni el urbanismo ni la vivienda se modificaron rápidamente, los cambios han sido lentos a pesar de la proliferación de entidades y personas que trataron y siguen tratando de implementarlos.

Como consecuencia de los cambios políticos generales, en España se creó primero una subdirección general llamada de la “*Condición femenina*”, y en 1983 el Instituto de la Mujer. En 2007 se aprobó la importante Ley de Igualdad, siendo su artífice principal Soledad Murillo. En 2008 se creó el Ministerio de Igualdad, reconvertido en Secretaría de Estado en 2011. Pronto se extendió a las Comunidades Autónomas, a los Ministerios y a entidades de todo tipo la creación de nuevos organismos o entidades para acelerar la incorporación de las mujeres a todos los ámbitos de la vida pública, acompañados de los correspondientes Planes Estratégicos. Nadie duda que la transformación en el papel social de las mujeres es una de las características del siglo XX español, y que este cambio se ha producido en consonancia con cambios internacionales. Por primera vez en la Historia, desde 2010 existe un organismo internacional del más alto nivel, ONUmujeres, que trata de avanzar hacia objetivos de igualdad a nivel mundial.

En lo que no se alcanzado unanimidad es sobre cuáles son los mejores procedimientos para conseguir los fines propuestos.

2. Los inicios del movimiento por “*La ciudad compartida*” y las asociaciones de mujeres.

Hace veinte años no había un solo político, profesional o responsable académico que pusiera en sus discursos los conceptos que se han manejado en la inauguración de estas Jornadas. Que lo haya hecho hoy la Directora General de la Vivienda de la Comunidad de Valencia es un excelente indicador de que los tiempos han cambiado. Ya han conquistado la normalidad, al menos en muchos ámbitos, pero hace veinte años era chocante, arriesgado y vanguardista, atreverse a hablar en esos términos.

Las primeras reflexiones sobre género y políticas de urbanismo o políticas de la vivienda, surgieron hacia los años sesenta y setenta en las Facultades o Departamentos de filosofía, de sociología, de antropología, de geografía humana y de historia. Allí, entre otras cosas, había una proporción elevada de mujeres desde hacía tiempo. Pero sobre todo, había un fuerte interés por temas de carácter general como el cambio social, los movimientos sociales y sus objetivos, y cuál había de ser el papel social de hombres y mujeres. El espacio construido era uno más entre los temas para reflexión y debate.

El título de mi ponencia me lo han dado los organizadores de estas Jornadas y se corresponde con el libro que publiqué hace casi veinte años, en 1998, titulado "*La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso*". Una segunda edición se publicó en Chile diez años después² y es accesible en internet.

Aunque sólo sea como guión o telón de fondo, me ajustaré a lo que me han adscrito, comenzando por un breve recordatorio de cómo se gestó "*La ciudad compartida*". Fue un proceso en el que se acumularon experiencias individuales y de participación en actos colectivos y movimientos sociales.

En los años setenta las nuevas asociaciones de mujeres, unas vinculadas con partidos políticos y otras no, necesitaban lo que en inglés llaman ammunition y en español, argumentario. Son los argumentos elaborados para la crítica y el debate, datos, cifras. Las asociaciones iban extendiendo las reivindicaciones a todos los ámbitos de la vida pública y privada, y se hacían eco de los estudios novedosos sobre el cambio social.

La edificación, o el urbanismo, es un tema muy concreto por comparación con la reflexión sobre qué es ser mujer, ser hombre, o ser ciudadano/a. En el calor de todos aquellos movimientos sociales que debatían cómo podría hacerse una España distinta, llegó a la Universidad una oleada de cambios. Se debatía sobre el espacio público y en qué consiste el espacio privado, cómo se obliga o impide el acceso a las mujeres. Esta oleada tardó todavía diez o quince años en llegar a las Universidades Politécnicas, entre otras

² Puede consultarse a través de la web del Consejo Superior de Investigaciones Científicas DIGITAL CSIC.

razones porque había pocas mujeres en las aulas y todavía no formaban masa crítica. De todas las Escuelas de las Universidades Politécnicas, la que tiene un núcleo de contenido más cercano a las Ciencias Sociales y Humanidades es Arquitectura, y dentro de la arquitectura el urbanismo, que en otras universidades no siempre se accede desde Arquitectura. Ahí comenzó la afluencia de mujeres estudiantes (que hoy son mayoría en muchas Escuelas), las primeras mujeres que accedieron a cátedras y puestos de responsabilidad docente, y el interés por las cuestiones de género.

Mi interés por el urbanismo fue una extensión lógica de la búsqueda de unas relaciones más igualitarias entre mujeres y hombres, que ya habían aflorado en la tesis doctoral sobre *“El trabajo de las mujeres en España”* (1973). Cuajó en la creación del Seminario de Estudios de la Mujer en la Universidad Autónoma de Madrid en 1979. Este Seminario, pronto reconocido como Instituto Universitario de Investigación, fue un nudo de estímulos e intercambio intelectual en el que participaron tempranamente especialistas en el uso del espacio como las investigadoras de Geografía Humana Ana Sabaté, Aurora Ballesteros y otras muchas. Desde la Historia, se hicieron aportaciones importantes sobre la tradición en el uso de las viviendas y los espacios, de las que sólo puedo citar una mínima muestra de investigadoras, como Pilar Folguera, Cándida Martínez, Cristina Segura o Isabel Morant, que consolidaron después su trabajo en Institutos de Investigación y en líneas editoriales. En 1984 tuvieron lugar en la Universidad Autónoma de Madrid las primeras jornadas dedicadas monográficamente a *“El uso del espacio en la vida cotidiana”*, cuyas actas fueron publicadas en un libro del mismo título en 1986. La UNESCO promovió un proyecto de investigación sobre la relación entre cuerpo y espacio en el área mediterránea, en el que participé y dio lugar más tarde al libro *“De puertas adentro”* (1987).

En el año 1993 se organizaron unos seminarios pioneros sobre ciudad y mujer, en los que Aida Anel, del Ayuntamiento de la ciudad de Granada y directora de un programa de igualdad para las mujeres, tuvo un papel decisivo, igual que un grupo numeroso de mujeres arquitectas de Andalucía Oriental. Todavía era tan raro entonces en España este objetivo que cuando

poco después el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España propuso el primer curso sobre “*Nuevas visiones públicas y privadas del espacio*”, hubo algunas protestas. Era entonces secretaria general del Consejo la arquitecta Isabel León, que apoyó decididamente el proyecto.

Los críticos alegaron que no era un tema relevante, que los Colegios de arquitectos no estaban para eso, o que los responsables públicos ya tenían suficientemente en cuenta la situación de las mujeres, tanto en urbanismo como en vivienda. Hubo protestas de algunos arquitectos que no querían implicarse en esos temas, y también de arquitectas que consideraban que pertenecían a una profesión muy cualificada y prestigiosa, nunca habían tenido perspectivas o experiencias distintas en su trabajo ni habían sentido discriminación o problemas específicos por ser mujeres. En otros casos, lo que estas mujeres arquitectas temían era que por el solo hecho de hablar de ello, se contagiasen de problemas ajenos, de victimismo, de falta de confianza en sí mismas o de sus clientes y patronos hacia ellas. Sólo algunos Colegios regionales colaboraron inicialmente con el proyecto, y hay que destacar que los pioneros fueron los Colegios de Arquitectos de Málaga y de Toledo.

El fruto principal de los primeros años de colaboración entre investigadores de las ciencias sociales y humanidades y profesionales de la arquitectura y el urbanismo fue la contribución al surgimiento de grupos e instituciones, de los cuales unos han sobrevivido y otros no; pero en conjunto han sido un buen instrumento de reflexión sobre el cambio social y su reflejo en urbanismo y vivienda. Tuve la suerte de asomarme a un entorno profesional nuevo en colaboración con las arquitectas Pascuala Campos, Adriana Bisquert y Rosa Barba, co-directoras conmigo de un curso NOW. Más de cien ponentes participaron en aquellos cursos. Muchas ponencias eran realmente innovadoras y roturaban por primera vez campos o subcampos nuevos, o expresaban por primera vez en voz alta un compromiso específico con las mujeres en temas de vivienda y urbanismo. En uno de esos cursos planteé la posibilidad de constituir cooperativas para llevar a la práctica las ideas que estábamos defendiendo, pero no llegamos a un plan concreto. De ahí

surgieron también varias publicaciones, entre ellas las actas editadas por la arquitecta Isabel Navarro, y otras en las que colaboraron casi medio centenar de arquitectos/as, sociólogos/as y otros profesionales. El Consejo de los Colegios de Arquitectos nos encargó a Carlos Hernández Pezzi y a mí la preparación de un libro sobre género, arquitectura y urbanismo, que tardamos tres años en terminar, y es el origen de esta ponencia de hoy. Finalmente se publicó (1998) en dos volúmenes con un título general compartido y un subtítulo propio para cada autor. El de Hernández Pezzi fue *“La ciudad compartida. El género de la arquitectura”*. El mío, *“La ciudad compartida. Conocimiento, afecto y uso”*. Desde entonces admiro la capacidad de los arquitectos para expresarse a través de imágenes.

Una vez que se produce una inmersión en un tema, resulta casi natural aplicarlo a campos afines. En 1994 Constanza Tobío organizó en la Universidad Carlos III un encuentro sobre *“Espacio y género”*, que reunió ponentes y asistentes de varias procedencias disciplinares, especialmente de geografía urbana, sociología y arquitectura. Dedicué con ese motivo muchas horas a la reflexión sobre la memoria e identidad urbana, centrándome en las toponimias de la ciudad de Madrid. En otro encuentro en Barcelona presenté *“Ciudades proyectadas. Reflexiones sobre Barcelona”* (2000). Y algo similar sucedió poco después en otro seminario sobre Córdoba, un trabajo que por ahora permanece inédito, en el que imaginé la ciudad como un aula sin puertas. Sobre el uso generizado del espacio y sus símbolos en la ciudad de Valencia ya hay algunos estudios disponibles, entre otros por historiadoras del arte. Es previsible que continúen y se profundicen, extendiéndose a otras áreas de la vida urbana.

Los materiales y textos manuscritos que acumulé en España y en una estancia en la Universidad de Cambridge para preparar *“La ciudad compartida”* eran tantos, que desbordaron el volumen de lo que en aquel momento podía publicar. Sólo vio la luz lo que se refería a la ciudad. Las veinte carpetas gruesas de materiales referentes a la vivienda y los que después he seguido acumulando (por ejemplo, los resultados de la *Encuesta monográfica sobre vivienda* del CIS de 2014, y lo referente a vivienda en

diversas ediciones de *Censos, Encuesta Financiera a las Familias, Encuesta de Presupuestos Familiares, Encuesta de Condiciones de Vida, etc...*), todavía esperan la oportunidad de un sabático que me permita organizarlos mejor, ponerlos al día y someterlos a la mirada ajena en una nueva publicación.

Curiosamente, la vieja idea de construir en cooperativa ha tenido un reflejo tardío en el proyecto de crear una Fundación en la comarca cacereña de Sierra de Gata, en la frontera con Portugal, para la recuperación de patrimonio arquitectónico en riesgo de ruina^{3.4}. Del objetivo inicial que me había propuesto, la recuperación de cien edificios, solo he podido contribuir por ahora a diez. No sé si tendré tiempo y energía para conseguir la meta, pero ha sido bueno intentarlo.

No puedo dedicar más tiempo hoy a recordar aquellos estudios pioneros en España, y la evolución de las asociaciones y grupos que surgieron después. Además de en *"La ciudad compartida"*, (Duran, 1998), puede seguirse su traza en internet, en Feltrer Rambaud, Dolores, *"Cómo surgió la idea de realizar un programa NOW"*, (*"Mujeres, espacio y arquitectura"*, núm. 6, 1999). Para los años posteriores, remito a una revisión muy reciente hecha por Hernández Pezzi, C. titulada *"Los cambios en las relaciones de género en la vivienda y en la ciudad. 1950- 2020"*. (En Diez, Elena, (Ed), *"Arquitectura y mujeres en la historia"* (2015)).

3 En el proyecto inicial, la Fundación seleccionaría los inmuebles deshabitados y en riesgo de ruina de determinadas características (antigüedad, tipología, materiales empleados, emplazamiento, ornamentación), trataría de encontrar un adoptante que lo adquiriera y se comprometiese a una buena restauración, con libertad de uso y de dirección de la obra. La Fundación asesoraría en lo posible todo el proceso. Algunas reflexiones sobre los procesos de rehabilitación pueden verse en Duran, M.A. "El abandono de los cascos históricos de Sierra de Gata". Ayunt. de Cilleros, 2015 (accesible por internet vía Digital CSIC).

4 Una de las viviendas, rehabilitada por la abogada Luz Almeida, obtuvo en 2014 el Premio Mies Van der Rohe en la edición para arquitectos jóvenes. Vid. "La casa de la luz", www.sierradegatadigital.es/...casa-luz-premio-mies-van-der-rohe.

3.- El conocimiento de la ciudad: El lugar de las mujeres en la memoria urbana.

En los primeros textos publicados sobre género y espacio abundan las reflexiones sobre la memoria urbana, y sobre cuál es la diferencia entre una ciudad dividida o compartimentalizada y una ciudad compartida.

Hay muchos modos de acceder al conocimiento de una ciudad: por ejemplo, estudiando su historia, su trazado, sus edificios, sus leyes, sus planos. Cada grupo social conoce aspectos distintos de la ciudad, se mueve habitualmente en unas zonas y apenas conoce otras. Hay ciudades muy segmentadas, incluso divididas espacialmente por muros que definen leyes o usos propios, como lo fueron históricamente los guettos. También existen ciudades divididas funcionalmente (áreas residenciales, industriales, de ocio, de servicios) que hoy se someten a crítica, pero en décadas pasadas se consideraron modélicas. Dividir y compartir son conceptos alternativos que pueden aplicarse a todas las manifestaciones de la vida urbana: desde el espacio físico al simbólico, desde el horario hasta los recursos materiales.

El género es uno de los criterios posibles de división o integración, pero no el único. La riqueza y clase social, la edad, la raza, la salud, la procedencia cultural, son otros tantos motivos de segregación, que no siempre es discriminatoria directamente (se segrega a un tipo específico de grupo social por in-deseable o no integrable) sino indirectamente (un grupo social se segrega voluntariamente por considerarse superior o distinto y no desear la integración con el resto).

Para iniciarse al conocimiento de una ciudad desconocida, los planos o mapas son una de las vías más rápidas y menos costosas. Obviamente, los planos no lo dicen todo, pero un examen rápido permite identificar enseguida algunos aspectos de la desigualdad de género en el patrimonio simbólico. Por ejemplo, permite establecer las “cuotas de memoria” que la ciudad ha reservado a las mujeres en la toponimia, los nombres de calles, plazas y puntos geográficos. Es una buena introducción a modos más sofisticados de conocimiento del universo simbólico de la ciudad, que irá profundizándose a

través del estudio de sus principales iconos, sus puntos de referencia y sus rituales.

La memoria es el palimpsesto en que todo se describe, se borra, se vuelve a escribir. La memoria de las ciudades la construimos por acumulación y filtrado de selecciones. No hay nada tan mentiroso y volátil como ella. En estos momentos, ¿Con qué memoria quiere quedarse Valencia? ¿Qué espacio, que contenido reserva para las/sus mujeres en la memoria colectiva? Los hombres sienten una extraordinaria debilidad por la piedra y el hierro, las huellas duraderas que tan bien describió Sennet. Grandes monolitos, arcos triunfales, avenidas panorámicas, obras monumentales. Pero las mujeres: ¿Dónde dejan su memoria? La mayoría la depositan en afectos, en actividades cotidianas que apenas hechas se desvanecen como retazos de vida.

Me gustaría saber quién y cómo cultiva en estos momentos en Valencia la memoria de las mujeres. No lo conozco suficientemente, pero imagino que alguien la estará cultivando con cariño, quizá con pocos medios, quizá sin suficiente eco.

La memoria sale a veces más resplandeciente que los ladrillos y las piedras, no es fácil tratar con ella. En algunos sitios han recreado a toda prisa lugares para la memoria de las mujeres. La buena voluntad no ha conseguido disimular las premuras ni la sensación de parche. Por ejemplo, como homenaje a las mujeres y a la gente común se ha elevado de categoría en infinidad de pueblos el recuerdo de los lavaderos, que se destruyeron por miles en toda España cuando la traída del agua corriente a los hogares les privó de utilidad. Conozco un lugar, en un pueblo del interior profundo, en que junto a un pilón de agua han levantado un techado de madera para ubicar la estatua de una lavandera. Los más viejos dicen que el pilón siempre fue abrevadero y nunca se lavó allí, pero el lugar quedaba bien para la decoración urbana. A mí me producen desconcierto el abrevadero y la lavandera, pero supongo que a muchos autóctonos les enorgullece y a los turistas les gusta.

4.- La resignificación de los grandes arquetipos femeninos en el siglo XXI.

Hace falta recordar que los movimientos sociales no sólo se construyen con ideas y con lógica. La memoria está poblada de mitos y los mitos no se cambian con lógica ni con decretos. El movimiento de mujeres se asienta, en palabras de Ortega, en "*ideas y creencias*". Las ideas se discuten, se formalizan, puede analizarse su inconsistencia: pero las creencias pertenecen a otro orden de pensamiento, no son conscientes y en eso radica precisamente su fuerza.

No es fácil la relación de las mujeres el siglo XXI con la gran figura femenina de nuestra cultura, María. Los movimientos sociales tienen que resolver el modo de relacionarse con las grandes figuras de su propia tradición; entre otras opciones, caben las de mantenimiento, defensa, oposición activa, borrado y resignificación, con o sin apropiación posterior.

Bajo sus muchas y diferentes advocaciones, María siempre es un personaje intercesor, generoso y amable. En muchas ciudades europeas y latinoamericanas los mejores edificios, las mejores plazas, los mejores centros rituales están dedicados a ella. Da nombre a asociaciones y entidades, es patrona de gremios, deja su impronta en el calendario principal de festividades. ¿Pueden las mujeres del siglo XXI sentirse reflejadas en la Virgen/Madre? ¿O sólo se sienten reflejadas en ella un número restringido de mujeres? Casi todas las mujeres de mi generación nos llamamos María como signo de homenaje y recuerdo (María del Carmen, de los Desamparados, del Pilar, de los Dolores. María-Teresa, María-Luisa, Ana-María). Aunque la población española sea poco practicante de los preceptos religiosos, no se atisba ninguna construcción simbólica que pudiera tener un poder parecido, unas iconografías tan ricas y diversas, ni rituales tan elaborados, o similar capacidad de convocatoria, congregación y respaldo. Las jóvenes, sin embargo, tienen otros nombres que remiten a otras referencias, a otros signos.

¿Qué papel puede desempeñar la memoria de María en la construcción de las nuevas identidades, la subjetividad de las mujeres valencianas del futuro? Para algunas mujeres evoca significados muy positivos, pero otras no quisieran identificarla con su propia memoria.

5.- ¿Es cierto que el aire de la ciudad hace libre? Los aspirantes y los rechazados por la ciudad.

En el siglo XIII se decía que *“el aire de la ciudad hace libre”*. Con eso se referían a que los siervos que escapaban de los señores feudales y vivían escondidos en la ciudad durante un número determinado de años, podían acogerse después a los fueros urbanos y no eran ya perseguidos. De ahí que se dijera que el aire de la ciudad les hacía libres. Hoy asistimos a migraciones masivas. ¿Sigue haciéndonos libres, o al menos más libres, el aire de la ciudad? ¿Quién conquista la ciudad?

Los desplazamientos eran antes difíciles, lentos, arriesgados. Pero hoy, los medios de comunicación nos han familiarizado con ciudades lejanas y los medios de transporte salvan en pocas horas miles de kilómetros de un modo relativamente fácil, barato, e incluso seguro por comparación con épocas anteriores. Si llevamos el punto de mira hacia Valencia: ¿Quién tiene derecho a esta ciudad? ¿Quién tiene el derecho a venir aquí? ¿Las políticas de la ciudad conceden el derecho de acceso, de residencia o de ciudadanía a todo el que quiera venir, o lo restringen?

¿Qué sucede, por ejemplo, a los que hoy se encuentran en Siria? ¿Está abierto el acceso a Valencia sólo para los nacionales españoles y los que tengan pasaporte europeo? ¿Es Valencia, o no, una ciudad abierta? ¿Podría permitirse la libertad de anunciar abiertamente en Beirut, en Nairobi, en Quito o en Rabat que las puertas de la ciudad están abiertas a todos?

Ayer paseaba al atardecer. Soplabla la brisa y las calles estaban llenas de gente, muchos extranjeros. Pero, ¿Qué tipo de extranjeros? ¿Turistas desembarcados de cruceros de lujo? ¿Mochileros? ¿Europeos y norteamericanos de la tercera edad en grupos organizados? Había familias con niños, parejas jóvenes, parejas no tan jóvenes, y algunas del mismo sexo.

Una ciudad tiene que saber a quién quiere recibir, para qué, por cuánto tiempo, y de quién se quiere deshacer. En mi paseo vi muy poca gente de color. Eso significa que África no es destinatario preferido para abrirle los brazos de esta ciudad. Vi muy pocos viejos/viejas, pobres o enfermos. No es ése el público que ayer transitaba por Valencia. ¿A dónde van a parar los pobres, los viejos, los negros, los enfermos? ¿Qué ciudades les abren las puertas, les protegen para garantizar su libertad? ¿O tal vez debieran quedarse donde nacieron, regresar a sus lugares de origen, encontrar nuevos destinos si incurrieron en alguna de esas condiciones indeseadas, aunque antes fueran residentes en esta ciudad?

En las ciudades viven más mujeres que hombres. En realidad, no es que lleguen más, sino que se van menos, son más longevas. Si pensamos proyectos para la ciudad, tendremos que recordar que las edades de los y las usuarias, de los y las residentes, son algo distintas. Entre los niños hay más varones, entre los ancianos hay más mujeres. A las mujeres les condiciona más su posición en el ciclo vital, aunque no tanto ahora en que el número medio de hijos por mujer es 1.3, como cuando superaba el número de cuatro. Las ciudades tienen una cuota elevada de mujeres sobrecargadas de trabajo, mujeres mayores y más enfermas que los hombres de su misma edad. También tienen más dificultades para conciliar, más necesidades de servicios de todo tipo que permitan su acceso a la vida pública sin eliminar su vida privada.

En la prensa, en la televisión, abundan estos días las fotos y reportajes sobre inmigrantes que llegan a Europa a brazo partido. A nado, cruzando alambradas, de polizones, esperando hacinados a que lleguen sus permisos. Suelen verse en esos reportajes más figuras de hombres que de mujeres, aunque las mujeres aportan más dramatismo. Cuando el esfuerzo físico y el riesgo para conquistar la ciudad es grande, quienes lo consiguen suelen ser hombres jóvenes y fuertes. Detrás se quedan quienes no tienen derecho a moverse. Allá, muy lejos, en las aldeas olvidadas, en las ciudades-miseria de las que querrían escapar, se quedan sobre todo las mujeres, porque ellas son

las que llevan la carga del cuidado, las que han de aguantar en el lugar para hacerse cargo de los enfermos, de los niños y de los viejos.

6.- Tipos de identificación con la ciudad

Las ciudades están compuestas por tipos muy diferentes de ciudadanos, son heterogéneas. A cada habitante le vincula un tipo propio de identificación con la ciudad, siendo el principal el que separa a *“los de dentro”* de *“los de fuera”*. Sin entrar en profundidad, enumeraré al menos algunos sujetos de la ciudad, y su relación con ella, recordando primero la condición móvil, casi líquida, de las sociedades contemporáneas. En la ciudad viven ciudadanos de hecho y de derecho. Ciudadanos permanentes, transitorios, turistas, aves de paso que luego retornan. El usuario se diferencia del que paga impuestos. Los que votan, de los que vienen sólo de vacaciones. Y los que viven en viviendas confortables, de los que arman un cartón para cobijarse por la noche. En la ciudad coexisten los nativos de pedigrí y los simples empadronados recientes. Los arraigados y los marginales. Los nostálgicos, los detractores del presente, y sus entusiastas. Los convivientes y los que no se implican, los que ante cualquier dificultad se ponen de perfil. Los multi-residenciales y los polivalentes. Los electos y los autonombrados. Entre los electos todos saben que sus mandatos son temporales, cuatro años escasos, sólo repetirán si quienes pueden elegirles renueva su confianza en ellos.

Para calibrar la importancia de los no-residentes respecto a los residentes es útil recordar que en 2009 se celebró en Atenas el Foro sobre Migraciones, propiciado por Naciones Unidas. Se presentó un estudio realizado por GALLUP en ciento treinta y cinco países, con encuestas. Un 16 % de la población mundial quería cambiar definitivamente de lugar de vida, abandonar su país e instalarse en otro para siempre. Eran los que soñaban con otra ciudad, con otro aire que les hiciera más libres. Y más ricos o menos pobres también, resulta difícil desligarlo. Aplicado a los 7.000 millones de la población mundial, son muchos los que quieren moverse, 1.120 millones si se le aplica el citado 16%. Según los analistas, por el rango de preferencia expresado en las encuestas, España era el quinto lugar de destino más deseado y cifraban lo que nos correspondía en 35 millones de aspirantes. Todavía no había empezado la crisis, quizá si las encuestas se hiciesen ahora sería un poco más bajo, pero también es posible que haya aumentado

esa cifra por el empeoramiento de las circunstancias en los países que expulsan población. ¿Qué posición aceptaría Valencia ante estos inmigrantes potenciales, cuántos le tocaría absorber de esos hipotéticos 35 millones? ¿Qué hombres, qué mujeres querría y no querría recibir? La llegada de inmigrantes modifica el espacio urbano, la necesidad y tipo de viviendas, el diseño de servicios de transporte, de educación, sanitarios, de ocio y de centros religiosos, de agua y basuras. ¿Haría lo posible Valencia por rebajar el número de aspirantes y que en su propia cuota no entrasen viejos, ni enfermos ni negros? ¿Qué otras categorías de exclusión exigiría? ¿Quizá excluiría a los muy activos ideológicamente, por temor a que pudieran generar demasiadas reivindicaciones y conflictos?

En cuanto a las mujeres: ¿Trataría de cerrarles la entrada o que sólo llegasen mujeres libres de cargas, competitivas, capaces de integrarse exitosamente al mercado de trabajo? ¿Qué posición adoptaría ante las mujeres acompañadas de sus familiares dependientes, que necesitan apoyos especiales y compiten por los recursos públicos escasos?

Hace unos días, en la estación de autobuses de San Sebastián, se sentó a mi lado una mujer joven. Por su traje y aspecto la reconocí como saharauí. Llevaba ya varios años en España, y estuvimos un rato de charla en la espera de nuestras respectivas salidas. Vivía en un pueblo cercano y había ido a San Sebastián a resolver papeles para solicitar una subvención, porque tenía un niño pequeño y no podía trabajar, y su marido tampoco tenía empleo. Me acordé de este encuentro sobre "*Género y política urbana*" al que sólo faltaban un par de semanas por comenzar. Pensé en cómo recibiría la ciudad de Valencia a esta mujer, a los millones de mujeres en circunstancias parecidas que habitan en otros lugares de España o en otros países. Muchos derechos se reservan para los que ya lograron acceder al territorio, pero: ¿Qué sucede con los restantes, con los que no lograron salir?

Afortunadamente, en estos momentos no hay fuertes tensiones xenófobas en España. Estamos acostumbrados al extranjero rico, al turista que mantiene a flote muchos de nuestros pequeños y grandes negocios. Y a los inversores, como los que contribuyeron a convertir las cosechas de naranja en *solarinas*

haciendo semi-rica a media sociedad valenciana. (Qué duro retrato de esta época hizo Chirbes en su novela "*En la orilla*").

Pensar hoy en urbanismo y en ciudades en términos de comunidades autónomas, o incluso en términos nacionales, tiene ya poco sentido, el territorio se nos ha quedado pequeño. Tenemos que pensar en global, y global significa internacional. Nos gusta pensar en los internacionales con origen europeo, quizá algunos rusos. Pero la verdadera globalidad nos comunica enseguida con el norte de África y con Latinoamérica. También con la inmensa Asia. ¿Preferimos mirar hacia otro lado ante esa globalidad? ¿Sólo les queremos como inversores, como usuarios, como receptores de nuestros productos?

Cuando se controla el capital se puede ser dueño sin residir en el lugar de lo que se posee. Me gustaría saber quiénes son los dueños de Valencia, porque ninguna ciudad puede adoptar libremente decisiones sin tener en cuenta los flujos de capital, las cotizaciones de bolsa, el impacto de la inversión o des-inversión de las grandes corporaciones. Si llevamos en crisis desde 2007, ¿Quién fue el dueño o no-dueño que la precipitó? ¿Serán los mismos dueños u otros dueños, o no dueños, quienes nos sacarán de ella?

7.- Las emociones y la ciudad. Diferencias de género.

La ciudad es un sujeto colectivo compuesto a su vez de múltiples sujetos colectivos e individuales. A los sujetos colectivos como la ciudad puede atribuírseles emociones, afectos y sentimientos, pero no es lo habitual. En cambio, sí es frecuente que los sujetos individuales experimenten emociones, afectos o sentimientos hacia la ciudad, que con independencia de su intensidad a veces se hacen explícitos y otras no llegan a manifestarse.

Las emociones son reacciones espontáneas (alegría, temor, tranquilidad, irritación, nerviosismo, sorpresa, etc.) poco procesadas, en tanto que los afectos y los sentimientos son procesados por el sujeto que los siente, y se resumen en positivos/negativos, o cariño/odio. Las emociones, afectos y

sentimientos pueden dirigirse a la ciudad en su conjunto, o a partes y aspectos específicos. Hoy está en boca de todos la llamada “*geografía de los afectos*” y los “*planos emocionales de la ciudad*”, que sintetizan los afectos que cada barrio, calle o actividad urbana provocan en el grupo social estudiado.

Entre los afectos positivos hacia la ciudad pueden señalarse los sentimientos de cariño, refugio, protección, integración, salvaguarda de la identidad y de la intimidad, oferta de proyección, reconocimiento social, etc. Y entre los negativos, la desconfianza, la hostilidad, la percepción de segmentación, el estrés o la crispación y el odio. El anonimato es una condición característica de las ciudades que algunos sujetos viven como liberación, y por tanto les provoca sentimiento positivo, y otros como desentendimiento.

Mujeres y hombres usan de modo distinto la ciudad, conocen y desconocen aspectos diferentes, a veces sienten distintas emociones y afectos. ¿Qué es lo que queremos las mujeres en las ciudades? ¿Qué nos hace sentirnos a gusto, volver? ¿Qué destacaríamos de una ciudad como Valencia, como signo de lo que nos gusta?

Uno de los sentimientos en que el género influye es en el de seguridad/inseguridad. Nos guste o no reconocerlo, a las mujeres nos importa más la seguridad, tenemos más miedo a un ataque tanto por nosotras mismas como por los dependientes a los que cobijamos cotidianamente. Ataques verbales, físicos, psicológicos... Tenemos más necesidad de seguridad, aunque no tanta como se nos ha hecho ver en otras épocas y sigue haciéndose obligada hoy en otros lugares. Son raíces culturales heredadas desde hace siglos en torno a la seguridad, que dejaron su huella en el trazado de las casas romanas y las calles árabes. Hace medio siglo había muchos pueblos y ciudades en España en que los códigos de espacios y horarios transitables para las mujeres eran todavía muy restringidos.

Fray Luis de León, el autor de “*La perfecta casada*” (1583), no sólo fue uno de los más brillantes humanistas del Siglo de Oro y un avanzado respecto a sus coetáneos; también ha sido uno de los mejores teóricos de los espacios interiores y de la función económica de las mujeres. Mucho ha variado desde entonces la imagen de la perfecta casada. En contra de lo que él pretendía, todos/as los que están en este acto son *ventaneros y visitantes*. Se asomaron a internet o las carteleras, vieron anunciado este evento, salieron de casa, hablaron, crearon redes. De ello surge el germen de la consciencia colectiva, de la resiliencia o capacidad de resistencia, algo de lo que Luis de León no había oído hablar, pero lo presentía, y anticipaba con su texto el modo de combatirlo a través de bellas palabras y cultas citas.

Cierto que las mujeres son capaces de ejercer resistencia frente al enemigo, pero ¿dónde están el amigo y el enemigo? Enemigos pequeños y grandes, por activa y por pasiva. A veces, el enemigo pequeño, e incluso el grande, está adentro, en la propia casa. Es enemigo el de fuera de la reja, el de los improperios soeces, el de los tocamientos o la violación (¡Pamplona y los sanfermines convertidos en bochorno ¡) pero algunas rejas no defienden, sino que aprisionan. No están hechas para impedir que entren sino para impedir que salgan. De todos los homicidios, de todas las mujeres muertas el año pasado, ¿A cuántas las mataron de puertas adentro, cuántas tenían el enemigo al lado?

Cuando alguien llega de fuera tiene capacidad de extrañamiento, buena sensibilidad y capacidad de observación, porque aún no se ha anestesiado por la habitualidad. ¿Hay alguna nota distintiva que identifique a Valencia como una ciudad amable que facilita la vida las mujeres? ¿Cuál es? Y si no la hay: ¿Podría haberla?

A la inversa: ¿Hay en Valencia zonas, u horas, a las que no vayan las mujeres, que les desagrade o inspire temor, donde haya más asaltos, más homicidios? ¿Hay zonas o lugares, o cruces de espacio/tiempo que todavía prohíban su acceso, de hecho, o de derecho?

En comparación con otras regiones y ciudades del mundo, tanto Valencia como España obtienen buenas puntuaciones en seguridad personal. Por mucho que la crítica y la autocrítica sean excelentes herramientas para la mejora de cualquier institución, conviene no olvidar un dato positivo: las ciudades del Mediterráneo europeo obtienen muy buenas valoraciones en los indicadores de bienestar individual y colectivo, por delante de otros países europeos con superior renta per cápita a los que en general tomamos como referencia o modelo. ¿Qué es lo que produce el sentimiento de calidad de vida, de bienestar o felicidad? ¿En qué medida el urbanismo es causa o consecuencia de ello?

En toda Europa y Latinoamérica mueren de modo violento más hombres que mujeres porque las mujeres se arriesgan menos, circunscriben más su territorio y sus horarios. Pagan la seguridad marcándose claramente los desplazamientos, yendo más acompañadas. ¿Cuáles son los puntos negros, los tiempos negros para las mujeres en Valencia? ¿Y los tiempos gratos? ¿Pueden conquistarse espacios nuevos para el uso y acceso por las mujeres, tal como compruebo que están intentando conseguir algunos grupos como "A peu de carter"? Hace cuarenta años conté la cantidad de bordillos que había que atravesar entre mi casa y el parque más próximo. Marta Román denunciaba ese y otros peligros para los niños, hoy ya han hecho pasos suaves de badén en casi todos.

8.- *La ciudad es mi casa.* Calidad sensorial de las ciudades

Para que una ciudad me guste, aparte de todo lo demás, tiene que ofrecer un disfrute para los sentidos. Hay cosas de las que no se oye hablar en seminarios o jornadas como ésta, pero vale la pena dedicarles unos minutos. Hombres y mujeres somos sensorialmente algo distintos. Por ejemplo, algunas formas de ruido la soportamos peor las mujeres. Iguales en lo esencial, pero con una altura y complexión distinta, acentuada por las formas de vestir y calzar. Por tradición cultural, las mujeres están acostumbradas a construir espacios sensorialmente gratos dentro de las viviendas. Limpias,

gratas a la vista, al oído, al tacto o a las variaciones del calor, fácilmente accesibles, cuidadosas con el entorno vegetal. En eso somos más exigentes. En las encuestas del CIS, las mujeres siempre destacan más los problemas sociales en torno a la vivienda que los varones. ¿Por qué no buscar esa misma naturalidad del confort, de lo placentero, en las ciudades?

La relación de Valencia con el sonido es especial. La música a flor de piel, las bandas casi en cada barrio, el tono alto en las conversaciones, el estruendo que retumba sobre la ciudad en la *nit del foc*.

He visto barrios marginales transformados por la gracia de un pintor de brocha gorda, un artista que maneja bien el color. La transformación externa y el orgullo de haber conquistado la belleza y la singularidad, se han convertido después en autoestima y mejor organización interna. Claro que también he visto pasajes destrozados visualmente. ¿Y qué decir del olor? Todas las ciudades costeras--y muchas no costeras- necesitan especial cuidado para tratar el olor. Las ciudades europeas olían horriblemente mal hasta hace un par de siglos, cuando se impusieron los alcantarillados, los drenajes, la recogida de basuras, y se descubrieron la lejía y otros desinfectantes. En Valencia fue endémico el paludismo, las famosas fiebres tercianas, hasta finales del siglo XVIII, pero esa constante amenaza se superó. (Alberola, A, Bernabé, D: "*Tercianas y calenturas en tierras meridionales valencianas: una aproximación a la realidad médica y social del siglo XVIII*". Revista de Historia Moderna n.9, 17 (1998-99) (pp. 95-112).

El tacto reconoce superficies y va asociado con la capacidad de agarrar y empujar. Por tiranía cultural, o por mayor tolerancia a la creatividad expresiva en la apariencia externa, las mujeres utilizan zapatos de tacón. Los antiguos coturnos ceremoniales se han transformado en calzado cotidiano para las mujeres urbanas, algo que las identificó durante décadas frente a las mujeres rurales que no podían permitirse otro calzado que el plano. Los zapatos de tacón son inestables, pero embellecen y están de moda. En algunas empresas son obligatorios para las empleadas. ¿Hay que adaptar las

ciudades a los tacones de las mujeres o los tacones de las mujeres al pavimento y ritmo de las ciudades?

9.- Mientras las pirámides se convertían en torres

Los organizadores de estas Jornadas nos han pedido que escribamos las ponencias para publicarlas después en un libro. Con posterioridad a la época en que escribí *“La ciudad compartida”*, se ha instaurado en las ciudades españolas y en casi todo el mundo desarrollado el envejecimiento, y el nuevo papel preponderante que juegan los dependientes. Las antiguas familias de muchos miembros están desapareciendo, y existen programas internacionales para promover el envejecimiento activo y la adaptación de las ciudades para las personas mayores (Zaragoza, 20 Oct. 2016, Jornada sobre ciudades amigables para los mayores).

En la comunidad de Valencia ya hay un 25 por ciento de hogares unipersonales y es una tendencia en aumento. En algunos de esos hogares viven jóvenes, pero son una pequeña minoría. Si se trata de jóvenes que viven solos, lo más frecuente es que sean varones. En la mayoría de los hogares unipersonales viven personas mayores, y de éstas, la mayoría son mujeres. Una de las consecuencias inmediatas para la arquitectura y el urbanismo es la necesidad de poner en lugar preferente la rehabilitación de viviendas y edificios, no sólo la nueva construcción. Si las nuevas generaciones son menos numerosas que las anteriores, no hay tanta necesidad de aumentar el parque inmobiliario, y en cambio surge el peligro de los barrios decadentes, semivacíos y semiabandonados. No solo se produce este problema en las zonas rurales deprimidas, sino en grandes áreas de ciudades florecientes. Las encuestas de Calidad de Vida muestran los problemas de pobreza energética y de servicios en las viviendas de las personas mayores, su aislamiento por falta de accesibilidad y de comercio o servicios públicos de proximidad. Para 2020 tendrán que cumplirse las normas europeas que exigen la sostenibilidad energética de los edificios.

Algunos movimientos sociales, como el llamado *Eficiencia5 común* alegan que los nuevos edificios y las grandes renovaciones sólo son el 5% del parque habitacional. En palabras de N. Brito y R. Castela, “¿Qué efecto tendrá el EPBD en el restante 95%, en los barrios que ya existen? ¿Qué

⁵ <https://www.youtube.com/watch?v=tyWb9MKwucw>, Coimbra, 2016.

hacer con aquellos y aquellas que no tienen medios para calentar su propia casa? Los problemas colectivos no se resuelven casa a casa, sino barrio a barrio, ciudad a ciudad. La ciudad compartida es la ciudad de la variedad, de la resiliencia, de la versatilidad. La ciudad compartida es en la que cada uno y cada una de nosotros se siente parte, y no un extraño o un estorbo. Compartir la solución de los múltiples diseños es una señal de respeto y valorización de cada uno/a, pero igualmente una responsabilización y una garantía de resultados”.

La búsqueda de tecnologías de bajo coste, en muchos casos derivadas de conocimientos constructivos tradicionales, es un desafío prometedor⁶, pero la rehabilitación de los centros históricos no es sólo una cuestión técnica, sino principalmente social y económica. KB Janda lo resumió en un titular de éxito, “*Buildings don't use energy: people do*”⁷. Sin agentes y actores sociales que la promuevan y sin inversores que la financien, no puede llevarse a cabo. Sin redes eficaces de vecindad, la rehabilitación tampoco tiene probabilidades de éxito.

Aunque aparentemente la rehabilitación tiene poco que ver con el género, los centros históricos y los barrios decadentes que requieren rehabilitación tienen entre sus habitantes una proporción mayor de mujeres que de hombres, porque son barrios envejecidos y en los hogares las mujeres sobreviven a sus cónyuges menos longevos. La pobreza energética y la carencia de condiciones de confortabilidad afecta más, por esta misma razón, a las mujeres que a los hombres. Que les afecte no significa necesariamente que desempeñen el papel de liderazgo o protagonismo. Tanto en la fase previa de creación de conciencia común de los problemas como en el diseño de las soluciones y en el control del mantenimiento, las mujeres pueden jugar un papel crucial: pero no es automático que lo hagan. Tienen en su contra los factores de una cultura tradicional de no participación en lo público, su propia salud debilitada, la sobrecarga de trabajo de cuidado a familiares dependientes, y la escasez de recursos económicos básicos para sufragar cualquier gasto de gestión o participación por mínimo que sea. No es tarea

⁶ Brito et al. *Residential building upgrade in Montarroi*, 2015.

⁷ *Architectural Science Review*, 54-2011 pp.15–22.

pequeña la de remontar estos obstáculos, y para ello se necesita diseñar proyectos específicos y transmitirlos con eficacia, tanto en la dirección abajo/arriba como en la opuesta.

En las ciudades españolas, los servicios públicos están diseñados para hogares multipersonales en los que siempre hay alguien disponible para atender a los demás, pero ese tipo de hogar ya es minoritario. Hay que pensar en otros diseños y en otras políticas de servicios urbanos. El número de miembros por hogar se reduce, pero no es fácil alterar el tamaño de las viviendas. En principio, el alquiler parece una fórmula de vivienda más flexible para ajustarse al número de miembros del hogar, pero no es sencillo pasar de un sistema mayoritario de propiedad de la vivienda a uno de alquiler; cada cual tiene sus ventajas, inconvenientes y rigideces. El sistema fiscal, entre otros, se nutre de las transacciones. Las plusvalías municipales afectan sobre todo a las personas mayores que compraron sus viviendas décadas atrás. El IRPF por incremento patrimonial, que apenas toma en cuenta la inflación, es también un potente disuasor para el ajuste, ambos sistemas fiscales desincentivan la venta de la vivienda para ajustarla a las necesidades de sus dueños a lo largo del ciclo vital.

¿Cómo organiza Valencia su sistema sanitario, adaptándolo al hecho de que una cuarta parte de los hogares sean unipersonales y en estos resida una elevada proporción de mujeres mayores? Mujeres y hombres no afrontan igual los espacios de la vejez y la enfermedad. Ellos mueren antes, tienen tasas inferiores de morbilidad, discapacidad y dependencia, disfrutan de mejor cobertura aseguradora pública y privada, disponen de más dinero. Y, sobre todo, disponen de más cuidadores o cuidadoras potenciales que les acompañarán gratuitamente en los difíciles años del final de su vida.

Los varones españoles están diseñados estructuralmente para vender, o mejor dicho para alquilar su fuerza de trabajo en el mercado laboral capitalista. Y las mujeres, no. Lo que la estructura económica asigna en primer lugar a las mujeres es el trabajo no remunerado, el cuidado para el resto de sus familiares, y por extensión, de la comunidad entera. Así ha sido secularmente y a pesar de todos los cambios, en buena parte así sigue

siendo. A la edad tardía, las mujeres están más enfermas, más pobres, y sus cónyuges ya desaparecieron hace años del hogar. ¿Qué diseño de vivienda, de calle, de servicios públicos, favorece su atención? ¿Cuáles la dificultan?

En las encuestas de dependencia, por ejemplo, la EDAD 2008, la Nacional de Salud del 2010 (que, por cierto, su versión valenciana es excelente y estoy trabajando mucho con ella), o la del CIS sobre dependientes del 2014, todas ellas confirman la tendencia; las mujeres se hacen cargo de más del 80 por ciento del trabajo no remunerado del cuidado de dependientes. Al diseñar el transporte o los desplazamientos en una ciudad como Valencia, o cualquier otro servicio, hay que recordar que las mujeres siempre van cargadas con una mochila extra en la que llevan el peso del cuidado: primero el de los niños, luego el de los exentos, los enfermos y los ancianos. Los exentos o liberados son esos varones a los que yo llamo *varavos*, sanos y activos, jóvenes o de edades intermedias, que no se consideran obligados a cuidar, ni siquiera a cuidarse a sí mismos.

Valencia se encamina hacia una cuota de personas mayores de sesenta y cinco años que sobrepasará el 25% de la población. Todavía no ha llegado, pero la tendencia al envejecimiento es constante y sólo la ha amortiguado la llegada de inmigrantes de las edades centrales. La tendencia al envejecimiento tardará todavía muchas décadas en aminorar su ritmo expansivo. La gente que habite Valencia será en gran parte mayor o ha de cuidar a gente mayor. Por ahora son las mujeres quienes se hacen cargo de ello. ¿Cómo conciliar la carga del cuidado con la incorporación plena a la vida económica y política, cultural o de ocio? La conciliación es una meta en la que creen gran parte de las mujeres setenta y ochocentinas, las que fueron educadas y creyeron las promesas de la Constitución del 78. Las mayores de esa edad nunca acabaron de creerlo del todo, fueron educadas de otra manera, en otros valores. Pero las jóvenes y las de edades intermedias sí creen en algunas de las promesas de esta Constitución. Han accedido a la enseñanza media y universitaria, comprobaron que sacaban mejores notas, reclaman la igualdad; pero al incorporarse al mercado de trabajo ninguna de las estructuras de la sociedad en la que viven les facilita realmente la

integración entre el papel de cuidadoras que les fue asignado tradicionalmente y los restantes papeles sociales a los que ahora aspiran. El papel de cuidadoras aún no les ha sido retirado ni apenas compartido por otros.

La proporción de cuidadores principales de personas dependientes que proporciona la Administración Pública a quienes viven en sus hogares es solamente un 2.8%. Los dependientes que residen fuera de sus hogares es una proporción insignificante, y dentro de los hogares son sobre todo mujeres quienes asumen el cuidado. Evidentemente, no se trata de los cuidados técnicos remunerados, como puedan ser el diagnóstico o las terapias puntuales. Pero sí los desgastantes cuidados de larga duración, los que no tienen límite de horario ni horizonte, los que no permiten distanciarse ni encontrar alternativas al modo de vivir.

Resulta atractivo el sueño de diseñar grandes proyectos urbanos referidos a actividades que tienen precio. Las grandes obras urbanas afectan a hombres y mujeres, pero más todavía les afectan los proyectos que modifican la distribución y el volumen de la carga del cuidado.

La economía de Valencia no es, como suele proclamarse, post-industrial y de servicios. En realidad, se asienta en una base imprescindible de economía preindustrial, familista y no de mercado, en la que las mujeres asumen el papel de productores principales. Ellas constituyen lo que he llamado *el nuevo proletariado de servicios* de las sociedades avanzadas. En el sector monetarizado de la economía, en el mercado de trabajo remunerado, trabajan sobre todo los varones, mientras que el sector no monetarizado y su correspondiente trabajo no remunerado está reservado, más bien podríamos decir obligado, a las mujeres.

Cuando hagamos planes para cualquier política y pretendamos que sirvan a la igualdad, sean planes de transporte, sanitarios o de cualquier otro tema, tendremos a nuestra disposición los datos sobre el dinero que cuesta implementar el plan, y los beneficios de ponerlo en marcha. Pero probablemente no nos darán los datos más importantes, que son las

variaciones en el uso del tiempo afectadas por el plan. El dinero es importante, evidentemente, y a menudo es lo único que controlamos, pero el tiempo lo es aún más. Si hacemos un diseño para guarderías, hospitales o autobuses, nos facilitarán las cifras del dinero que cuesta, y eso es lo que probablemente figurará en las convocatorias y en las contrataciones; pero no el tiempo extra que consumirá o ahorrará, y de quién será ese tiempo, que en tantas ocasiones tendrán que regalarlo las mujeres. Al hacer o recibir presupuestos para una obra o un servicio, hay que apartar por incompletos los que no lleven previsto el impacto sobre el consumo de tiempo, especialmente de los tiempos no remunerados que son imprescindibles para poner en uso esa obra o servicio.

Para el cuidado de la salud, en 1988 estimamos que por cada 12 horas de trabajo que aportan los trabajadores sanitarios, públicos y privados, se consumen además otras 88 horas de cuidado no remunerado, que en su mayoría aportan las mujeres: 12 frente a 88. Nadie ha refutado hasta ahora esta cifra. A causa del envejecimiento y la cronicidad, la tendencia es que estas cifras se hagan aún más dispares. No son válidos los presupuestos que sirven para tomar decisiones políticas y sólo se apoyan en ese doce por ciento, o su equivalente en el sector del que se trate, porque inducen a resoluciones sesgadas. La gran cifra necesaria a tener en cuenta no es el 12 %, sino el 88 % restante, aunque generalmente se olvide.

10.- Los nuevos movimientos sociales. El futuro siempre está en construcción.

Entre hombres y mujeres existe un contrato social que subyace a la impar pareja ya citada del 12/88. No es un contrato explícito, sino implícito. El art.14 de la Constitución consagra, igual que el 9.5, los aspectos formalmente igualitarios del contrato. Pero la realidad profunda es otra, desajustada entre las aspiraciones y los hechos, una diferencia como de la noche al día. Luego de la Constitución hubo que modificar el Código Civil. Que hombres y mujeres tienen que compartir las tareas domésticas y el cuidado de los

dependientes ya es obligación legal, lo refrenda el Código Civil en su artículo 68. Pero en la práctica, la distancia entre la ley y los hechos sigue siendo grande. ¿Cómo se consigue hacer e implementar un nuevo *contrato social* entre hombres y mujeres? ¿Qué hacer con el antiguo contrato, que era implícito y cuando se tornaba explícito embellecía de tal modo los mutuos papeles que se apartaba de la realidad? ¿Hay que romper sonoramente el antiguo o transformarlo poco a poco? ¿Quién le tiene miedo a la ruptura, quién prefiere esperar a que lo consigan otros y otras? ¿Quién inicia el proceso de ruptura, quién se organiza, qué entidades crea, con qué medios, qué estrategias, con qué seguimiento y apoyos?

No pueden hacerse cambios importantes en el urbanismo y la vivienda de las ciudades de Valencia sin crear antes un nuevo modelo de *contrato social* entre hombres y mujeres. Es una influencia circular, ya lo hemos dicho, las relaciones sociales generan usos característicos del espacio, y también los espacios construidos condicionan las acciones sociales que se desarrollan en esos espacios.

Al inicio de este artículo decía que el movimiento por *la ciudad compartida* era indesligable de los nuevos movimientos sociales y asociaciones de mujeres que surgieron en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Desde entonces hasta ahora los movimientos sociales han cambiado mucho. Los más numerosos (partidos políticos, sindicatos, organizaciones religiosas) se mantienen, aunque comparativamente su capacidad de movilización es menor. En “*España 2015. Situación social*” (CIS, 2015), hay un excelente estudio sobre “*Acción colectiva y ciudadanía*” dirigido por L. E. Alonso, que pone al día la investigación sobre los nuevos movimientos sociales, los sentimientos de indignación, protesta y cooperación, su evolución y perspectivas. Entre ellos, los movimientos feministas, ecologistas, por la vivienda y por los espacios autónomos. Destaca el nuevo papel preponderante de la opinión pública, las movilizaciones, las redes sociales y los conflictos en torno a las políticas de austeridad. Estos nuevos movimientos sociales buscan un nuevo concepto de ciudadanía y un nuevo Contrato Social, aunque a menudo lo desarrollen más en la práctica que en la

teoría. Son muchos quienes, de diversas maneras, tratan de delimitar y aplicar este nuevo modo de relación entre grupos sociales y respecto al conjunto de la sociedad.

No sorprende si digo que gente como los asistentes o lectores de estas Jornadas y sus futuros escritos, forman parte del movimiento social que inicia un *Contrato Social* nuevo. Gente con iniciativa, que se asocia y organiza, que crea o transforma las instituciones, que se arriesga a ponerlo negro sobre blanco, que llevan la ruptura o la innovación a sus propias actividades cotidianas. Gente que no le da vergüenza desmarcarse, que busca recursos y alianzas, que acepta para sí misma metas nuevas en la igualdad entre hombres y mujeres, en su reflejo espacial. Es una meta difícil de conseguir. Lo llevamos escrito, no en los genes, pero sí en las profundas raíces de una cultura que hereda milenios de historia pasada. Todos hemos bebido de ella, nuestro aprendizaje comienza absorbiendo un lenguaje cuyas estructuras, cuya gramática, trata de modo diferente lo femenino y lo masculino. Lo masculino es lo general, las mujeres somos lo que los lingüistas llaman *el género marcado*. No se trata sólo de las leyes o el consciente, que son más fácilmente identificables y discutibles, y por tanto modificables. Lo llevamos sobre todo en el inconsciente, al que no se accede con armas lógicas ni legales.

Para luchar por el *Nuevo Contrato Social*, por *La ciudad compartida*, hacen falta armas y armaduras. Armas y armaduras flexibles, ágiles, que no estorben las alianzas potenciales. Para lograr cambios hacen falta aliados y amigos, incluso donde pareciera que sólo existen enemigos. A menudo, levantar chispas sólo sirve para quemar el territorio antes de haberlo conquistado. Entre las condiciones de la armadura, una de las imprescindibles es la paciencia, el sentido de que lo importante es el proceso y no el momento, la perspectiva del medio y largo plazo. Hace falta resistencia, mucha fe en el futuro, y aceptar de antemano que habrá bajas, que algunos y algunas caerán o se rendirán sin haberlo conseguido.

A pesar de todas las dificultades, un futuro mejor y más igualitario es posible.

Es posible crear una ciudad en la que, además de libertad, se respire también ese valor hermoso que es la igualdad.

El futuro siempre está en construcción, entre todos vamos escribiéndolo cada día. **Es, al mismo tiempo, la fiesta y la batalla en la que todos estamos convocados.**

Referencias

Me he referido a lo largo de estas páginas a varias obras mías sobre urbanismo, vivienda y movimientos sociales que contienen una bibliografía muy extensa. A ellas me remito. La mayoría son accesibles en internet a través de Digital CSIC.

1. ***La ciudad compartida: conocimiento, afecto y uso.*** Ediciones SUR, Chile, 2008. Es la edición revisada para Latinoamérica del libro anteriormente publicado por el Colegio Superior de los Colegios de Arquitectos de España en 1998.
2. ***Sobre cuerpos y espacios.*** Es un extenso prólogo a las Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinar del Instituto de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, 1986, dedicadas monográficamente al tiempo y al espacio en la vida cotidiana.
3. ***Relaciones familiares y vivienda.*** Revista ARBOR, 2003:685. Analiza la vivienda, tanto principal como secundaria, desde la perspectiva del cambio en la composición de los hogares y en sus relaciones internas.
4. ***Liberación y utopía: la mujer ante la ciencia.*** (Dir.) AKAL, 1981. Este libro fue pionero en el análisis de las relaciones entre ciencia y género. Diez autores reflexionan sobre la situación de la mujer como investigadora, como objeto de investigación y como transmisora de conocimientos dentro de sus diversos campos disciplinares, desde la filosofía hasta la biología.
5. ***The women's movement in Spain and the new Spanish democracy.*** En colaboración con María Teresa Gallego, en D. Dahlerup (Coord.) *The New Women's Movement.* SAGE, 1986. Contiene un análisis de la

evolución de las asociaciones y movimientos de mujeres en España y su relación con los partidos políticos durante la transición a la democracia en los años 70 y 80 del siglo XX.

6. **De puertas adentro.** Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, 1987. Es un análisis de las bases materiales de la vida cotidiana y las relaciones económicas dentro de las familias y del papel económico que juega la familia en las economías modernas.
7. **La escalera en el lenguaje, el cine y la arquitectura.** En Johnson, R. y Zubiaurre, M.T. (Coords.) *Antología del pensamiento feminista español: (1726-2011)*. 2012, ISBN 978-84-376-3000-7, págs. 421-430. En su origen fue una ponencia dentro del curso NOW sobre “Nuevas visiones del espacio público y privado”.
8. **Los tiempos de la ciudad.** Revista Política y Sociedad, 1997:25. Un diario realizado entre el 6 de noviembre y el 13 de diciembre de 1996, sirve de marco para la reflexión sobre la temporalidad de la vida cotidiana en las ciudades.
9. **Lectura económica de Fray Luis de León.** En Folguera, P. (Coord). *Nuevas perspectivas sobre la mujer.* Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Vol. 2, 1982, ISBN 84-600-2656-6, págs. 257-273. Luis de León fue uno de los mayores exponentes del humanismo en el Siglo de Oro español. Su libro “*La perfecta casada*” ha tenido innumerables ediciones hasta fechas muy recientes y sintetizó durante cuatro siglos el código de conducta espacio/temporal para las mujeres cristianas.
10. **Paisajes del cuerpo,** Nogué (Ed.) 2007 *La construcción social del paisaje*, Institut Català del Paisatge. El paisaje no existe en sí mismo, sino que lo crea el que lo percibe y contempla, son procesos sociales los que convierten un entorno natural en un paisaje, con distinto significado para distintos grupos sociales.